

música, baile, alegorías, comedia y tragedia, se incubaba el germen de una literatura, que de no haber en tiempo de Luis XIV adoptado la forma griega y latina, se hubiera desarrollado con un carácter de novedad verdaderamente original. Los niños sin aprensión representaban particularmente escenas del género cómico: su director se llamaba *rey de los tontos*, y en la capucha con que cubría su cabeza campeaban dos orejas de asno. Otra comparsa llamada de los *Cornudos* daba á su director el nombre de *Abad*. En las primeras ediciones de la obra intitulada *Mar de historias y crónicas de Francia*, pueden verse hermosas letras mayúsculas y vietas que representan al *rey de los tontos* y escenas no muy castas. Nunca entre los antiguos fue el matrimonio asunto de beldad entre los modernos, y particularmente entre los franceses: lo cual tal vez depende de que las mujeres no tomaban en la sociedad antigua una parte tan directa como en la moderna. No perdonó la comedia naciente ni los hombres, ni las cosas, y acomodándose con los ejemplos que tenía á la vista fue licenciosa como las costumbres, y audaz como las guerras civiles, entre cuyo estrépito acababa de desarrollarse. La tragedia se remontó á su mayor altura durante las turbulencias de la Fronda.

Tal fue el furor que esos espectáculos causaron en el pueblo, que todo el mundo quiso ser actor: príncipes, militares, magistrados, y hasta obispos hubo que quisieron ser contados en el número de los farfantes que formaban aquellas compañías, cuya profesión era libre. El ánimo iba pasando gradualmente desde los placeres materiales hasta la sublimidad de los de la inteligencia. Al moralizar el cristianismo las pasiones, las había modificado y combinado de una manera enteramente nueva: el ingenio podía beneficiar esa mina aun no explotada, cuyos filones eran inagotables.

Del punto á que la sociedad había llegado en tiempo de Carlos VII, era tan fácil llegar á la monarquía libre, como á la absoluta: puede verse con toda claridad el punto de intersección y de reunión de ambos caminos; pero la libertad hizo alto, y dejó que el poder pasara adelante. Después de la confusión de las guerras civiles y extranjeras, después de los desórdenes del feudalismo, natural era que las cosas convergieran hácia el principio de unidad gubernamental. La monarquía en aquel impulso de ascension debía remontarse al apogeo de su poder; debía destruir de todo punto la tiranía de la aristocracia, y hasta que el cetro empezara ya á grabitar á su vez demasiado sobre los pueblos, no le era dado á la libertad desplegar su bandera. Así es como en Francia se han ido normalmente sucediendo la aristocracia, la monarquía y la república, el noble, el rey, el pueblo, hasta que habiendo cada cual abusado sucesivamente del poder, se han convenido en adoptar una forma de gobierno que mantenga en armonía los tres elementos.

LUIS XI.

(Desde el 1461 al 1483).

Sobre el cadáver aun palpitante del feudalismo intentó Luis XI hacer el ensayo de la monarquía absoluta. Ese monarca singular, colocado entre la edad media que estaba espirando y los tiempos modernos que iban naciendo, sujetaba sobre el cadalso con una mano la antigua libertad de la clase noble, y con la otra arrojaba al río las nacientes franquicias populares: y sin embargo, esta le amaba, porque el rey al inmolarse á la aristocracia, alagaba la pasión democrática, la igualdad.

Ese personaje, único en los anales de Francia, no parece pertenecer á la serie de sus reyes: tirano, justiciero, de bajas costumbres, querido y despreciado

del populacho; mandando decapitar al condestable y aprisionar las urracas y los grajos que los habitantes de París habían enseñado á decir: «*Marcha ladrón afuera Perrette*»; espíritu solapado consumando grandes hechos con mezquinos agentes; convirtiendo sus barberos en ministros, el gran preboste en *compadre*, y dos verdugos, de los cuales el uno era alegre y el otro triste, en *compañeros*; remediando con su destreza lo que dañaba con su carácter, y enmendando como rey las faltas que cometía como hombre, presenta un raro conjunto de anomalías que apenas puede creerse que hayan estado reunidas en un solo sugeto. Présentalo la historia como bizarro caballero á los veinte años, y lleno de pueriles terrores al llegar á la vejez; espirando en un palacio rodeado de torcas, de jaulas de hierro, de trampas, de lazos y de cadenas, que el pueblo por ironía llamaba *niñas del rey*, en compañía de ermitaños, de empiricos y de astrologos; muriendo después de haber organizado la administración, y creado manufacturas y el sistema de caminos y postas, después de haber dado el carácter de inamovilidad á la magistratura, fortificado el reino por medio de su política y sus armas y visto bajar al sepulcro sus rivales y enemigos, Eduardo de Inglaterra, Galeas de Molán, Juan de Aragón, Carlos de Borgoña y su heredero.... No puede menos de creerse que había algo de fatal en aquel monarca que *bonitamente* envenenó á su hermano, el duque de Guyena, cuando menos lo pensaba, rogando á la Virgen, su buena señora, su pequeña querida, su mejor amiga, le alcanzara el perdon (BRANTOME). No fue solamente eso lo que Luis XI hizo *bonitamente*: «Aquel bárbaro hizo arrojar al río, después del tratado de Conflans, muchos ciudadanos de París por sospecha de que eran partidarios de su enemigo. Atávanlos de dos en dos en un saco. . . .»

«Las grandes almas eligen atrevidamente favoritos ilustres y ministros que hayan merecido aplauso.» Luis XI no tuvo por confidentes ni ministros, mas que personas extraídas del cieno, cuyo corazón era muy interior á su estado. Se han conocido pocos tiranos que hayan hecho morir mas gente por la mano de los verdugos, ó en medio de mas mugidos supplicios. Las crónicas de aquel tiempo cuentan hasta cuatro mil vasallos ajusticiados, publica ó secretamente, mientras él estuvo en el trono. . . .»

«El rey quiso que el duque de Nemours fuese interrogado en su jaula de hierro; sufrió la cuestión y se le notificó la sentencia. Luego lo confesaron en un salón entapizado de negro.... Bajo el cadalso colocaron á los jóvenes hijos del duque: de manera que sobre ellos cayera la sangre de su padre. Salieron cubiertos de ella, y en ese estado los llevaron á la Bastilla y los metieron en unos calabozos tan estrechos y contruidos de tal manera que causaban un no interrumpido suplicio á sus cuerpos. Fuéronles arrancando los dientes en diversas ocasiones.... Ni un solo hombre grande figura bajo el reinado de Luis XI, pudiendo decirse que llegó á envilecer la nación, pues no floreció ninguna virtud: la obediencia suplió por todo, y el pueblo estuvo tranquilo como lo están los galeotes amarrados al remo (VOLTAIRE).»

La vacilación residía, por decirlo así, en las maneras de Luis XI, pero no en su cabeza, donde como él afirmaba, *solía llevar todo su consejo*. Sus cartas dan testimonio de esta verdad: dirigiéndose á monsieur Saint-Pierre, gran senescal, le decía: «Señor gran senescal: os ruego que deis á entender á monsieur de Saint-André que quiero ser servido en mi provecho, y no en el de la avaricia, en tanto que dure la guerra; si no quiere obrar así, hacédselo entender á la fuerza; apoderaos de sus prisioneros y

«ponedlos en el botín como los demás. . . .»

«Señor gran senescal: mucho me admira que ni los capitanes, ni Mr. de Saint-André, ni otros quieren conformarse con mis disposiciones por lo tocante al botín; siendo así que de ese modo podrían tener por una nada los prisioneros de mas valor: lo que deseo es que otra vez den muerte á todo lo que caiga en sus manos; y que no hagan mas prisioneros, ni quieran apoderarse de caballos ni de bagajes, pues de ese modo nunca perderemos una batalla. . . .»

«Ruégoos digais á Mr. de Saint-André que no se nos haga el flojo, ni el perezoso; pues esta sería la primera vez que ningún capitán se ha atrevido á desobedecerme. Si hiciere ademan de obrar de ese modo sentarle la mano en la cabeza y quitadle por fuerza los prisioneros; que yo os juro que no tardaré tampoco en quitarle la cabeza de encima de los hombros; pero es de creer que el traidor no me desobedecerá porque no tiene fuerzas para hacerlo.»

Ese mismo rey decía al ministro de Justicia: «Cautiller: os habeis negado á poner el sello en las cartas de mi mayordomo Boutilas; no ignoro lo que os induce á obrar de ese modo.... Acordaos, gentil caballero, del día que venisteis á las manos con los rebeldes y los despachásteis á cargo de vuestra vida.»

«¿No podría decirse que ese es el lenguaje de un individuo de la Convencion? ¿Y qué fue efectivamente Luis XI, sino el hombre del terror para la feudalidad?»

Tan embobado estaba su ánimo de cadenas y de tormentos, que cansado de las disputas de los titulados *realistas* y *nominales*, mandó encadenar y clavar en los estantes las voluminosas obras de los segundos, á fin de que nadie pudiera leerlas. Y sin embargo, ese mismo hombre defendió de la universidad y del Parlamento á los impresores alemanes que vinieron á establecerse en Francia, y que se veían acusados de hechicería: de manera que puede decirse que el mas poderoso agente de la libertad, la imprenta, fue instalado en Francia por un tirano.

Hasta los caprichos de Luis XI llevaban consigo el carácter de la dominación. Wolfgang Poulhain, criado de María de Borgoña, había sido hecho prisionero de aquel monarca, que al fin se avino á ponerlo en libertad con tal que al rescate convenido se añadieran los ponderados perros de caza del señor de Bossu. Este, de ningún modo quería ceder sus trallas: fueron y vinieron correos; por último se enviaron los perros; el rey se apoderó de ellos y no puso en libertad al preso hasta que no hubo nadie que pidiera por él.

Participaba Luis XI algun tanto del carácter de los judíos de aquella época: prestaba bajo la garantía de territorios ó poblaciones dinero á los soberanos que lo necesitaban. Juan de Aragón le empeño en trescientos mil escudos de oro los condados de Cerdeña y del Rosellon, y Margarita de Anjou le hipotecó la ciudad de Calais por una suma de veinte mil escudos. Aquella señora era esposa de Enrique VI de Inglaterra; preso en la torre de Londres después de haber sido rey de Francia en su cuna: hija del buen rey René, que no llegó á reinar; pero compuso versos, pintó, redactó leyes para los torneos, adoptó por emblema un pebetero, y disminuyó la contribucion siempre que en Provenza llegaba á soplar el viento del Mediodía. No había ciertamente mucha semejanza entre René y Luis XI.

La política de este ha sido constante objeto de crítica por parte de todos los historiadores: convienen unánimemente en que cometió una gran falta en no aprovechar el casamiento del Delfin con María de Borgoña, heredera de Carlos el Temerario, ó el de Juana, hija de Fernando é Isabel; que si el primero

se hubiera realizado, uniéndose los Países-Bajos á la Francia, no habrían ocurrido aquellas largas guerras que tanta sangre hicieron derramar, y que si hubiese accedido al segundo enlace, esto es, al del Delfin, con Juana, hija de Fernando é Isabel, no se habría esta unido con Felipe, hijo de Maximiliano y de María de Borgoña, y no habría por consiguiente aquella princesa dado la vida á Carlos V. El primero de estos enlaces hubiera dado al Delfin (Carlos VIII) los Países-Bajos, el Artois, la Borgoña y el Franco Condado, y por el segundo, sus hijos andando el tiempo, habrían sido soberanos de España y de América.

No debe juzgarse de este modo la política de Luis XI: nunca se propuso este monarca dar á su reino mayores límites: lo único que intentó fue abatir la monarquía feudal para constituir la monarquía absoluta. Lejos de desear conquistas, rehusó la investidura del reino de Nápoles y deshechó las proposiciones que Genova le hizo. «Los genoveses, solía decir, desean ponerse bajo mi cetro; yo los pongo bajo las uñas del diablo.» Pero compró los derechos eventuales de la casa de Pontierre sobre la Bretaña, y siempre que se le ofreció ocasión de hacerse dueño, por poco dinero, de alguna ciudad dentro de sus Estados, supo aprovecharse de las circunstancias.

La pobreza obligaba á los señores á trocar por dinero sus gloriosas casas solares, y Luis XI, como un usurero de antiguas celebridades, adquiría á bajo precio la mercancía que sus manos ya no habían de volver á soltar.

El constante trabajo de la vida de aquel monarca, y el afán que le dominó sin interrupción, fueron el humillar la alta aristocracia y el centralizar todo el poder en su persona: todas sus acciones buenas ó malas nacieron de esa preocupación. Se decretó que *no se daría ningún empleo que no vacara por muerte, renuncia ó delito del poseedor*, de donde tomó la magistratura el principio de inamovilidad; no fue ciertamente para dar independencia á la ley, sino para comunicarle fuerza: muy bien sabía, á pesar de ese decreto, violar los reglamentos, cambiar de magistrados cuando le convenia, y nombrar á su placer comisiones ejecutivas. Si abolió la pragmática sancion, no fue para favorecer á la corte de Roma, sino por odio á cuanto ostentaba el sello de libertad. Si creó los parlamentos de Burdeos y Dijon, si estableció nuevas divisiones territoriales, no fue por espíritu de equidad y de orden general, sino porque deseaba destruir el espíritu de provincialismo, y tener por todas partes empleados de real nombramiento. Si persó establecer la uniformidad de costumbres y la igualdad de pesos y medidas, no fue por hacer desaparecer esos inconvenientes de la barbarie, sino para atacar á las autoridades señoriales. Si instituyó la compañía de los cien jóvenes nobles origen de los Guardias de Corps, si tomó á sueldo tropas suizas, y si organizó un cuerpo de diez mil hombres de infantería francesa, no fue porque tratase de crear un ejército nacional, sino para formar una guardia que le protegiera. Cuando se humillaba ante Eduardo IV y el duque de Borgoña, no hay que pensar que era por un olvido de su propia grandeza, sino para obtener el benéfico de poder perseguir en lo interior de Francia á los poderosos. Sin tregua acosó al duque de Bretaña, dando mas importancia á la conquista de los Estados de este, que á la de los del duque de Borgoña, porque no quería tener á retaguardia un principado independiente, puerta por donde el enemigo podía libremente penetrar en su reino. Mandó ó consintió envenenar á su hermano, el duque de Guyena, porque lo mismo le incomodaban príncipes hereditarios que grandes vasallos: el que había de heredar parte de la corona, podía en efecto, decirse que la desmembraba.

Estas ideas fueron indudablemente las que le hicieron mirar con indiferencia el casamiento del Del-

fin y María de Borgoña. El Delfin además era un niño de ocho años feo y mal configurado, y María era una hermosa princesa de doble edad, que hubiera tenido que esperar en una especie de viudez de diez años, y al llegar á este plazo tal vez habrían sido despreciados sus 30 años. Luis XI tenía demasiado discernimiento para no calcular todo lo que podía suceder en aquel largo plazo de esponsales sin bodas, cuyos débiles lazos podían ser rotos por el menor incidente. También hay que añadir que Luis detestaba á los flamencos y estos á su vez le correspondían del mismo modo: el espíritu de libertad que desde hacia tres siglos dominaba en aquellos municipios manufactureros era antipático á su genio. Puede muy bien decirse que los condes flamencos eran súbditos de sus vasallos, y no estos de los condes. Aquel limitado país, antigua cuna de los francos, es el que ha conservado hasta nuestros días el fuego de independencia y de valor que animó á los compañeros de Clodoveo.

¿Qué habría hecho Luis, como tutor de su hijo, con aquellos ciudadanos que en presencia de María de Borgoña mandaron ajusticiar á sus dos ministros, Himbercourt y Hugonet? Levantar cadalsos era atentar contra los derechos de Luis XI. Tuvo pues por mas seguro y conveniente apoderarse del ducado de Borgoña, que naturalmente volvía á la corona después de la muerte de Carlos el Temerario, no heredando las hijas. Apoderóse de las ciudades situadas á orillas del Somme y de otras muchas en el Artois, sobre las cuales tenía pretensiones bastante fundadas, mas, á fin de extinguir el derecho de soberanía que el Artois tenía sobre la ciudad de Bolonia, lo legó y transfirió á la Santa Virgen, su pequeña querida y mejor amiga.

Por el casamiento del Delfin y María de Borgoña, se habría malquistado con el cuerpo germánico, pues el Franco Condado, el Luxemburgo, el Hainaut y la Holanda dependían del Imperio; y Luis XI no quería disputas, sino cuando estaba seguro de salir airoso. Todas esas consideraciones le indujeron á preferir lo cierto á lo dudoso, á tomar lo que podía conservar, y á renunciar lo que era de insegura posesión. Tampoco favoreció la unión de Carlos de Angulema de la familia de Orleans con la heredera de Carlos el Temerario, porque esto hubiera sido equivalente á establecer bajo otro nombre el poder de los duques de Borgoña. Mas si se desentendió del enlace del Delfin con la princesa María, solicitó por otra parte el casamiento de ese mismo príncipe con Margarita, hija de María y de Maximiliano, porque en esta alianza veía proporción de edades, y hallaba ventajas en que la desposada llevara de dote los condados de Artois y de Borgoña, que no podían causar ningún género de disputas entre la Flandes y el Imperio. No llegó á verificarse este enlace porque la señora de Beaujeu, que seguía la política de su padre, tuvo por mas conveniente dar la mano de la heredera de Bretaña á su hermano Carlos VIII.

En nada de cuanto emprendía se olvidaba Luis XI de cuanto podía ser necesario para el complemento de su obra. Habiendo venido al mundo en una época social en que nada estaba acabado y á todo se había dado principio, puso en juego una fórmula monstruosa, indefinida, exclusivamente propia, y que participaba de las dos tiranías que dominaban en aquel tiempo. Una prueba de energía bajo un exterior al parecer apocado es que temía la muerte y el infierno, y sin embargo hollaba bajo sus pies todo pueril temor cuando se trataba de cometer un crimen. Cierta es sin embargo, que se prometía poder engañar á Dios así como engañaba á los hombres, y que esta ridícula creencia le hacía ir cargado de amuletos y de reliquias para toda clase de calamidades. Luis XI en una palabra, fue el espíritu perfectamente amoldado, si

asi puede decirse, á su época y á su país: en esa idoneidad encontró todo el elemento de su fuerza; pues nadie ignora que el mas vasto genio puede ser impotente obrando fuera del círculo de su capacidad, asi como el espíritu mas limitado puede trastornar el mundo en circunstancias determinadas.

Luis XI hacía el fin de su vida se encerró en Plessis les Tours, devorado de terror y de fastidio. Allí se paseaba de un extremo al otro de una larga galería, teniendo por único placer el fijar la vista, cuando se asomaba a las ventanas, en campos que bajo el verde césped ocultaban cepos para las incautos que se atrevían á traspasar los recintos de cadenas para llegar al pié de las horcas que formaban las siniestras avenidas de aquel sombrío palacio: único compañero del tétrico monarca en sus solitarios paseos, era su compadre Tristan, el gran preboste. Combates de gatos y ratones, danzas de jóvenes aldeanos, única representación de la inocencia y la dicha campestre en los alrededores del régio alcázar contribuían alguna vez á desarrugar la frente del tirano. ¿Qué no hubiera este hecho para dar un momento de tregua á sus frenéticos terrores? Sangre de niños bebía, esperando recobrar la juventud con un remedio tan apropiado á su temperamento. En él se empleaban, según dicen las crónicas, *terribles y maravillosas medicinas*. Pero al fin... ¡murió! Luis XI fue el primero que gezó el título de rey cristianísimo, y cuando los protestantes arrojaron sus cenizas al viento pudo decirse que los excesos de la libertad religiosa y política profanaron la tumba del que había abusado del poder y de la religión.

Fueron los principales consejeros de este rey, Felipe de Comines y Juan de Sude, el primero, hombre complaciente, que dejó escritas unas Memorias bastante libres, y el segundo, que se distinguió por su astucia hasta el punto de ser llamado *Juan recursos* por su astuto soberano.

Luis XI dejó dos hijas y un hijo legítimo, que se llamaron Ana de Beaujeu, Juana, duquesa de Orleans y Carlos VIII. Abrumó aquel tirano con el despotismo de sus caricias á varias mujeres, y tuvo de Margarita de Sassenage una hija, que habiéndose casado con Aymar de Poitiers, fue abuela de la hermosa Diana.

Al desaparecer Luis XI, cayó la Europa feudal. Constantinopla fue tomada; las letras empezaron á renacer; se inventó la imprenta; América estaba á punto de ser descubierta, y la grandeza de la casa de Austria empezó á brillar por el casamiento de la heredera de Borgoña con Maximiliano. Enrique VIII, Leon X, Francisco I, Carlos V y Lutero con su reforma no estaban ya lejos: iban por decirlo así á abrirse las puertas de un nuevo universo.

CARLOS VIII.

(Desde el 1483 al 1498).

Empéñase el historiador Du Haillant, en que Carlos VIII no era hijo de Luis XI, ó que por lo menos que lo fuese de la reina Carlota de Saboya: fúndase esta opinión en que así lo había oído decir. Partiendo de este principio una multitud de reyes no habrían sido hijos de sus presuntos padres, pues no hay país en que semejantes historias de hijos supuestos no se hayan ido renovando de reinado en reinado. El adulterio es en todas ocasiones un crimen, bien aflictivo ciertamente, cuando la infidelidad de la mujer recae en la familia particular de los príncipes. Poco sin embargo importaría (dejando á parte la violación del derecho y el desorden moral) la procedencia del régio vástago á la familia general de los pueblos, si debiendo á una ficción legal las ventajas de la herencia y las cualidades de grande hombre, hermanara

como soberano de hecho y de derecho, el esplendor de la régia cuna con la prerogativa del talento. Mas no cabe duda de que Carlos VIII era hijo de Luis XI.

Habia dispuesto este monarca por un rasgo característico de su política, que Ana de Francia, señora de Beaujeu é hija suya, se encargara del gobierno de la persona del rey. Tenía muy presentes Luis XI los abusos de la regencia en tiempos de Carlos VI. Los Estados de Tours confirmaron á la princesa en su tutoría, á pesar de la oposición del duque de Orleans, que se dirigió al parlamento de París sin resultado por haber este declinado su competencia y remitido la decisión del asunto á los Estados. Nombraron estos un consejo de diez personas en el que debían tomar parte los príncipes de la sangre. Nunca se vió el poder de los Estados elevado á tan alto punto como durante el reinado de Carlos VIII y Luis XII.

Carlos VIII hizo poner en libertad á Carlos de Armagnac, hermano de Juan, muerto en Lectoure. Todos los Armagnacs fueron puestos igualmente en libertad y recobraron sus bienes. Landais, favorito de Francisco II, duque de Bretaña, fue ahorcado.

Enrique VII de Inglaterra, derrotó y dió muerte á Ricardo III. Enrique VII de la familia de Lancastre, se casó con Isabel de York y confundió los derechos de ambas casas que se habían estado disputando por tanto tiempo la corona.

Hallándose el duque de Orleans descontento de la corte, se había retirado á Bretaña, y dió principio con el auxilio de los Bretones y de unos cuantos Ingleses á una corta guerra civil, siendo por último derrotado y hecho prisionero en la batalla de Saint Aubin por Luis II, señor de la Tremouille (1488).

Carlos VIII contrajo matrimonio en 1491 con Ana, heredera del ducado de Bretaña; Margarita, hija de Maximiliano con quien estaba desposado, fue devuelta á su padre y casó en seguida con el infante de España, Juan de Aragón.

En 1492 terminó la dominación de los Moros en España con la toma de Granada y fue descubierta la América por Cristóbal Colon.

Carlos VIII hizo una expedición á Italia. Hasta entonces la Italia no había visto á los franceses mas que como una especie de aventureros: así que los reyes de Francia rompieron el último eslabón de la cadena feudal, y estuvieron en disposición de poder marchar fuera de su país al frente de su nación. Los derechos de Carlos VIII sobre la soberanía de Nápoles estribaban en la cesión que le había sido hecha por Carlos de Anjou, heredero de su tío René. Al llegar Carlos VIII á Roma se encontró con un imperio tan quimérico como el reino que pretendía conquistar: Andrés Paleólogo, heredero del imperio de Constantinopla, á que ya no podía aspirar, cedió sus derechos al rey de Francia, y el papa Alejandro VI entregó á Zizimo, hermano de Bayaceto, emigrado en los Estados de la Santa Sede. Carlos VIII entró en Nápoles (28 febrero de 1495) con las insignias de emperador sea de Oriente, ó sea de Occidente, mas habiéndose formado contra él una liga, compuesta del emperador, Fernando el Católico, el Pontífice y los Venecianos, no tuvo Carlos VIII mas remedio que abandonar la Italia (a). Antes de volver á pasar los Alpes ganaron los franceses la batalla de Fornove, dando ocasión á que se celebrara el buen servicio de la artillería francesa. Esta fue la primera vez que las armas francesas brillaron en aquellas hermosas regiones que andando el tiempo habían de ser testigo de sus repetidos triunfos.

Carlos VIII murió en el palacio de Amboise (7 abril de 1498): su hijo el Delfin había muerto de edad de tres años. Ascendió al trono una línea colateral.

(a) Cediendo el campo á las victoriosas armas de Gonzalo de Córdoba.

«Carlos VIII, hombre pequeño de cuerpo y también de entendimiento, dice Comines, era tan bueno que es imposible encontrar una criatura mejor.»

LUIS XII.

(Desde el 1498 al 1515).

Luis XII obtuvo el mas precioso sobrenombre entre los reyes de Francia; fue apellidado á una voz Padre del pueblo. Aquí la palabra *pueblo* tiene un valor grande y anuncia una revolución: no es una voz comun aplicada á un tropel hacia mucho tiempo gobernado por un señor; es una palabra recientemente introducida en la lengua para designar una nación joven y libre, formada de las ruinas de los siervos y de los corveas del feudalismo. Esta nación abría los tiempos modernos, y tenía la fuerza y el brillo que tuvo en su primera metamorfosis, cuando los francos, transformados en franceses, entraron en los siglos de la edad media.

Luis XII era viznieto de aquel Luis, duque de Orleans, por quien la sangre italiana comenzó á correr en las venas de nuestros monarcas, y á comunicarles el gusto á las artes; raza ligera y caballeresca, pero elegante, brava, inteligente, y que unió la civilización á la caballería. Nunca seran demasiado recordadas las palabras de Luis XII á su advenimiento al trono: «El rey de Francia me venga los agravios del duque de Orleans (1498).»

Luis XII se casó con la viuda de Carlos VIII. La Bretaña fue el último gran feudo revertido á la corona. Así murió la monarquía feudal. Habiendo comenzado por la desmembración sucesiva de las provincias del reino, acabó por la reunión sucesiva de todas ellas, á la manera que los rios que salen del mar y vuelven otra vez al mar. Falaba la sumisión de los condados de Flandes y de Artois, poseidos por el archiduque de Austria; pero esto no era mas que un vano homenaje al cual ni el que le rendía ni el que le recibía, agregaba idea alguna de obediencia ó de superioridad. Los girones de la monarquía feudal se dejaron percibir por mucho tiempo en la monarquía absoluta, del mismo modo que se notan en el día los restos del despotismo imperial flotando entre las libertades constitucionales. El pasado se prolonga hasta el porvenir, de manera que una nación ni puede ni debe separarse de sus tumbas.

El tribunal del *Echiquier* en Normandía fue erigido en parlamento; así iban descomponiéndose una por una las piezas de la vieja armadura gótica.

Luis XII hizo la guerra á Italia; tan pronto como las desavenencias intestinas cesaron, renacieron en lo exterior; era necesario un nuevo motivo al espíritu guerrero de la Francia. Pretendía Luis XII el ducado de Milan por los derechos de Valentina de Milan, su abuela, y el reino de Nápoles por los de la casa de Anjou. Dominaban á la sazón en Roma los detestables Borgias: César Borgia, el héroe de Maquiavelo; Alejandro VI con su hija tres veces incestuosa, llamada Lucrecia, como para ofrecer á Roma un contraste singular con el antiguo pudor romano. El Milanesado fue conquistado en veinte días; el reino de Nápoles en menos de cuatro meses; este reino se ocupó de acuerdo con Fernando el Católico. Bien pronto los franceses y españoles disputaron acerca de la partición de este Estado (1500, 1501, 1502). D'Aubigni perdió la batalla del Seminario, el viernes 21 de abril, y el viernes 28 del propio mes, fue vencido y muerto el duque de Nemours en Cerignola por Gonzalo de Córdoba, llamado el Grau Capitan. La casa de Armagnac concluyó en la persona del duque de Nemours, y este duque era nada menos que el último descendiente de Kilovigh: resto extraño al principio del siglo XVI. El Parlamento había sido creado en 1501.

Carlos V había ya nacido (1500). Alejandro murió (18 de agosto de 1503). Después de Pio III, que no ocupó la silla pontifical más que veinte y cinco días vino Julio II, cuyo nombre anuncia el reinado de las artes, y una revolución en el género de influencia que la corte de Roma ejercía en el mundo cristiano. Esta corte dejó de ser popular, y por un doble error, se unió al poder aristocrático al espirar. La era política del cristianismo declinaba.

Los Estados de Tours de 1506 demuestran aquellas asambleas llevadas á su último grado de perfección, separadas de la magistratura parlamentaria y del poder ejecutivo. Luis XII las abrió en una sesión regia, rodeado de príncipes y de toda su corte, con el canciller de Francia á su derecha; en la misma forma con que se inauguran en el día las sesiones legislativas, lo cual demuestra que los grandes de la corte no componían más que una parte de los Estados.

La liga de Cambrai formada contra los Venecianos se disipó como todas las coaliciones en que príncipes enemigos se reúnen por un interés momentáneo.

Enrique VII de Inglaterra murió y fue reemplazado en el trono por Enrique VIII (1509-1510). Julio II se ligó contra los franceses en Italia con Fernando, Enrique VIII y los suizos. El último de los caballeros franceses, Bayardo, digno de cerrar la época de la caballería, se distinguió en San Felz y en la jornada de la Bastida (1511). En la misma época ocurrieron el Concilio general de Pisa, donde Julio II fue citado por Luis XII. Y el Concilio de Letran en oposición al Concilio de Pisa.

El día de Pascua, 11 de abril de 1512, se dió la batalla de Rávena ganada por el duque de Nemours, el caballero Bayardo, Luis d'Arce y Lautrec, contra los confederados. El duque de Nemours compró la victoria con la vida; fue muerto no teniendo más que veinte y tres años de edad. Este joven príncipe era Gaston de Foix, hijo de María, hermano de Luis XII, por el cual el condado de Nemours había sido erigido en ducado pariató. No se le debe confundir con Armagnac, duque de Nemours, último de los Merovingianos de que ya se ha hablado.

Perdió el Milanesado Luis XII, y no conservó en Italia más que algunas poblaciones, con el castillo de Milan. Se transfirió á esta ciudad el concilio de Pisa, y después á Lyon. Julio II puso entredicho al reino de Francia y á la ciudad de Lyon en particular; desprecio del tiempo; estas censuras, así como el feudalismo, habían perdido su antiguo vigor; las añejas costumbres se habían ya convertido en simples usos.

Fernando se apoderó del reino de Navarra. Maximiliano Esforzía volvió á adquirir la soberanía del Milanesado y los Médicis la de Florencia. El emperador Maximiliano I quiso hacerse papa. La reina, Ana de Bretaña, murió. Julio II la siguió á la tumba. Sucedió á este Leon X. Luis XII volvió á adquirir el Milanesado, y lo perdió por fin en la batalla de Novara. La Francia se vió atacada por Maximiliano, Enrique VIII y los suizos. Todo se arreglaba por medio de casamientos, unos proyectados, otros llevados á cabo. Luis XII se casó con María, hermana de Enrique VIII, en cuyos brazos encontró la muerte. El conde de Angulema, que llegó á llamarse Francisco I, amó á María, de la cual se apartó por temor de perder una corona. Este cálculo no convenía ni con su edad ni con su carácter; así es que no cedió sino por los consejos de Grignaus, de Gooffier, ó de Duo pret (1512, 1513, 1514, 1515).

Luis X murió en 1.º de enero de 1515 en el palacio de las Tournelles en París. Este rey redujo los impuestos á menos de la mitad, y abrigaba un tierno afecto á sus subditos, que por su parte no dejaban de corresponderle, á pesar de sus faltas en la política exterior: quería todas las franquicias de que

se podía gozar en la monarquía de entonces. Es de notar que en aquella época, y hasta en la que vivimos, los pueblos formulan su amor á su aborrecimiento según los mayores ó menores impuestos con que se hallaban gravados. Hoy día, que la especie humana ha ganado en inteligencia y en civilización, las naciones emplean menos sus afectos en los intereses materiales y conceden con mejor voluntad el nombre de padre al soberano que acrecienta sus libertades que al que economiza su oro.

FRANCISCO I.

(Desde el 1515 al 1547.)

Francisco I era biznieto de Luis de Orleans y de Valentina de Milan. Habían variado la faz del mundo tres generaciones. Sesenta años que contaba el descubrimiento de la imprenta, aunque no era libre, había causado una revolución en los espíritus. Las controversias de Lutero próximas á aparecer, ó no se hubieran propagado con la misma rapidez, ó hubieran sido sofocadas, si no hubiesen encontrado á propósito la imprenta para difundirlas.

Francisco I entró en Italia (1515). El 14 de setiembre salvó á los suizos en Marignan, en aquel combate que Trivulce llamó *combate de los gigantes*; esta fue la primera victoria grande, ganada por los franceses después de sus derrotas en Crécy, Poitiers y Azincourt. Esta batalla no tenía ninguno de los caracteres de las anteriores. Era respecto de aquellas lo que las batallas de la revolución han sido respecto de la de Marignan. El senado de Venecia declaró por un decreto que Francisco I y todos los príncipes de su linaje serían nobles venecianos, decreto que Luis XVIII quiso borrar por su mano, cuando recibió la orden de dejar á Verona. Aquí dió principio la venalidad de los cargos, que la inamovilidad de los jueces trae consigo.

Fernando, rey de Aragón por sí propio, rey de Castilla por su esposa Isabel, rey de Granada por conquista, rey de Navarra por usurpación, heredero de tres bastardos coronados, murió, y ascendió al trono Carlos V.

El tratado de Fribourg produjo entre Francia y los suizos aquella paz llamada perpetua, que no dejó á estos más que el honor de verter su sangre por los franceses (146.)

Se celebró un concordato entre Leon X y Francisco I, al cual se opusieron, el clero, la universidad y el Parlamento, como atentatorio de las libertades de la Iglesia Nacional. Lutero se reveló este mismo año (1517), contra las indulgencias predicadas en Alemania. Enrique VIII ocupaba el trono, lo cual era de importancia á la fe católica, de la que se constituyó al principio *defensor*. En 1521, Ignacio de Loyola fue herido en el castillo de Pamplona, que los franceses tenían sitiado. Loyola fue para los reformados lo que Santo Domingo había sido para los albigenses; pero la jornada de San Bartolomé (*Saint Barthelemy*), no destruyó el protestantismo al paso que las Cruzadas exterminaron los albigenses.

Después de la muerte de Maximiliano fue proclamado emperador Carlos V; su competidor era Francisco I (1519). Entonces la Francia se encontró envuelta por las posesiones de la casa de Austria. España conquistadora en América y las Indias, decía que el sol no se ponía en sus dominios. El descubrimiento de la América produjo una revolución en el comercio, la propiedad y la hacienda pública del antiguo mundo. La introducción del oro de Méjico y del Perú, bajó el precio de los metales, elevó el de los géneros y de los jornales, hizo cambiar de manos la propiedad territorial, y creó una propiedad desconocida hasta entonces, la de los capitalistas, de la que ya habían dado la primera idea los lombardos y los judíos. Con

los capitalistas nació la población industrial y la constitución artificial de los fondos públicos. Una vez entrado en esta senda, la sociedad se renovó con relación á la hacienda pública, como se había renovado en sus relaciones morales y políticas.

A las hazañas de las Cruzadas sucedieron las hazañas de Ultramar de diversa importancia; el globo se ensanchó; comenzó el sistema de las colonias modernas; la marina militar y mercante se acrecentó y extendió en un océano sin riberas. La pequeña mar interior del antiguo mundo, no era ya más que un estanque de poca consideración, desde que las riquezas de las Indias llegaron á Europa por el cabo de las Tempestades. Con el intervalo de tres años el afortunado Carlos V triunfaba de Motezuma en Méjico, y de Francisco I en Pavía.

Pero lo mismo que hizo avanzar á unos pueblos hacía la independencia y la civilización, encadenó las naciones sometidas al cetro de Felipe II; las Américas, la España y los Países Bajos, perdieron sus libertades por algunos siglos. Aquellos campos de Flandes, donde los municipios habían combatido por su civilización, no fueron ya ensangrentados más que por patibulos ó por las batallas que allí decidieron las casas de Francia y Austria.

La entrevista de Francisco I y de Enrique VIII, cerca de Guinea, llamada el *campo de la tela de oro*, fue la última ostentación de los tiempos feudales, un simulacro de los torneos, las cortes plenas, las antiguas costumbres bastante gastadas ya, para no ser más que unos meros espectáculos (1520.)

El duque de Bonillon declaró la guerra al emperador; este creyó que el duque estaba apoyado por la Francia; principiaron las guerras entre Carlos V y Francisco I. El milanesado se perdió nuevamente para la Francia. Leon X que dió nombre á su siglo, murió. Escribiendo á Rafael había dicho: «Por tí mi pontificado será siempre célebre.»—Profetizaba. Por desgracia el renacimiento de las artes cesó casi en el momento de la Reforma, cuya rigidez las proscibía. Si el ardor religioso de los siglos que levantaron los monumentos góticos hubiera existido en los tiempos de Miguel Angel y de Rafael, ¿de cuántas más obras maestras, Roma, ya rica, estaría adornada?

A Leon X le sucedió Adriano VII, que dejó la tiara á Clemente VII, otro Médicis (1521.)

Toma de Roda por Soliman II (1522.)

El condestable de Borbon, que perseguía á la duquesa de Angulema, pasó al servicio de Carlos V. El marqués de Villena, solicitado por el emperador para que prestara su palacio al condestable, respondió. «Nada puedo rehusar á V. M., pero si el duque de Borbon se aloja en mi casa, le pondré fuego en el instante mismo que de ella haya salido, como lugar infestado por la traición, y que por lo tanto no puede ya servir para habitación de un hombre de honor.» El condestable fue el único traidor que los Borbones hayan jamás coniado en su linaje.

El capitán Bayardo fue muerto en la retirada de Trebeca (1524). «Recibió un tiro de arcabuz que le atravesó los riñones. Y al sentirse mortalmente herido exclamó: ¡Ay de mí, soy muerto! Cogió la espada por la empuñadura y la besó, como señal de la cruz, diciendo en alta voz: *Miserere mei, Deus, secundum misericordiam tuam*. No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando estuvo á punto á caer desfallecido; pero tuvo aun bastante fuerza para cogerse al arzon de la silla, y permanecer así hasta que un gallardo joven que era su mayordomo le ayudó á apearse, y le colocó bajo de un árbol.... Los infelices criados de su servidumbre estaban desfavoridos, y entre ellos se hallaba su pobre mayordomo que no le abandonó jamás; el caballero se confesó con él á falta de un presbítero. El joven desconsolado y deshecho en lágrimas, con-

templaba á su buen señor mortalmente herido, y conocía que no había remedio que pudiera salvarlo; pero el animoso caballero le consolaba con la mayor dulzura diciéndole: Jaime, mi amigo, deja tu llanto; es la voluntad de Dios la que me separa de este mundo; bastante tiempo permanecí en él, todo por su gracia, y también he recibido bienes y honores que no me pertenecían. El sentimiento que tengo al morir es el no haber cumplido tan bien mis deberes como debí hacerlo.»

El condestable de Borbon, del partido de los enemigos, se presentó á consolar á Bayardo. «Monseñor, me dijo el capitán, no tengáis compasión de mí; temedla de vos mismo que os habeis armado contra vuestro rey, vuestra patria y vuestra fe.» Borbon insistió hablándole de buenos facultativos, á lo que Bayardo replicó: «Conozco que estoy herido de muerte, y la acepto de buen grado, sin que en ello tenga el mas leve sentimiento.» El condestable, con lágrimas en los ojos exclamó: «Bien dichoso es el príncipe que tiene tal servidor; no sabe la Francia lo que pierde en este día.»

El marqués de Pescara (Fernando Francisco de Aválos) dijo: «¡Pluguiera á Dios, gentil señor Bayardo, que aunque me hubiese de costar una cuarta parte de mi sangre, para daros la vida, ó aunque tuviera que comer carne de dos años, me daría por contento de veros mi prisionero y con buena salud!»

Batalla de Pavía, 14 de febrero de 1525. No se encuentra el original del famoso billete: *Todo está perdido menos el honor*; pero la Francia que le había escrito lo tiene por auténtico Juan, hecho prisionero en Poitiers, fue servido á la mesa por su vencedor, y tratado en Londres como un monarca triunfante. Francisco I fue trasladado áasperamente á las prisiones de Madrid; los caballeros que querían reanimar al monarca francés, ya no existían. Por lo demás, no se consideraron ligados por el tratado de Madrid, los Estados de Borgoña, en 1526, los cuales separaron sin su consentimiento, la Borgoña de la Francia. Los Estados de París, en 1539, rehusaron ratificar el tratado negociado para libertar al rey Juan: no hay nada permanente más que la independencia de los pueblos, pero cuando no se trata más que de ella sola.

El año de cautividad de Francisco I, prisionero, Alberto, Margrave de Brandebourg, gran maestre de la Orden Teutónica, abrazó el luteranismo, y se apoderó de las provincias de la Orden. Los descendientes de Alberto llegaron á ser reyes de Prusia.

El tratado de Cambrai, en 1529, terminó las guerras de Italia entre Francisco I y Carlos V. La Bretaña se reunió á la Francia por una ordenanza expresa. Antes del edicto sobre el dominio, de 1566, los reyes franceses podían disponer libremente de sus bienes patrimoniales; estos bienes no se hacían inalienables sino por su reunion al dominio de la corona; de donde es preciso distinguir dos cosas en el antiguo derecho común de la tercer raza; la propiedad particular del príncipe, y la propiedad general de la corona. Francisco I fundó la infantería francesa, que reemplazó los peones alemanes sostenidos á costa de la nación. Esta infantería fue en un principio formada según el modelo de las legiones romanas, y dividida en cuerpos de seis mil hombres. De aquí se fue á la division por bandos de quinientos ó seiscientos hombres, origen de nuestros regimientos. Enrique, hijo segundo de Francisco, delin, contrajo matrimonio en Marsella con Catalina de Médicis (1532, 1533.)

El cisma de Inglaterra estalló en 1534 con motivo del divorcio de Enrique VIII, para contraer matrimonio con Ana de Boulén. Este mismo año de 1534 las doctrinas de Calvino se insinuaban bajo la protección de Margarita, reina de Navarra, hermana de Francisco I; y también durante el mismo año, Ignacio de Loyola fundó la Compañía de Jesús. Cuando